

del Renacimiento, que llegó a su término en medio de la restauración católica por el renovado entusiasmo religioso de la misma, ha sido para todos los tiempos un símbolo incomparable de la antigua Iglesia rejuvenecida después de la tormenta de la escisión de la fe, y de su incesante solicitud por la propagación del reino de Cristo entre todos los pueblos de la tierra.

LIBRO SEGUNDO

Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX

(1590-1591)

I. Las elecciones pontificias del año 1590. Urbano VII y Gregorio XIV

I

Con férrea severidad había cuidado Sixto V en su país de la tranquilidad y el orden; cuando murió, hicieron sentir al punto de nuevo los malos elementos. Aunque gracias a la precaución de los cardenales el tiempo de la sede vacante no fué tan malo como se temió al principio, con todo no faltaron graves excesos. La gran multitud de gente forastera que se hallaba en Roma, originó además notable falta de víveres (1).

Luego en la primera congregación los cardenales confirmaron al resobrino del Papa difunto, Miguel Peretti, como general de las tropas del Estado de la Iglesia, pero a propuesta del cardenal Montalto se le puso al lado al duque Honorato Caetani, como lugarteniente general, y se encargó a éste reclutar al punto 2 000 infantes para la defensa de Roma. Entretanto los romanos hacían el servicio de guardia. Con los dineros de Sixto V procedió el colegio cardenalicio muy generosamente. La cantidad de 1 150 000 escudos no asegurada por Sixto V se empleó casi enteramente en diversas necesidades: diéronse 400 000 escudos a la ciudad de Roma para la compra de trigo, y medio millón a las demás ciudades de los Estados ponti-

(1) Cf. los *Avvisi de 1.º y 5 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 441^b, 449^b, *Bibl. Vaticana*, y la *relación de Sporeno, embajador del archiduque del Tirol, Fernando (cf. nuestros datos del vol. XX), de 8 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*, Fol. 96, núm. 83, cuaderno 3. V. también *Memorie d'alcuni fatti accaduti durante il conclave di Urbano VII essendo generale di S. Chiesa Onorato Caetani, *Archivo Caetani de Roma*, 79, núm. 25.

ficios; con el resto de 250 000 escudos debían sufragarse los gastos del conclave (1).

Los asuntos de Francia ocuparon inmediatamente a los cardenales. Respecto a la cuestión sobre si el cardenal legado Caetani debía ser llamado a Roma o permanecer en París, se resolvió unánimemente dejar la decisión de ello al mismo legado. En cambio se mostró gran diversidad de pareceres respecto de la cuestión sobre si se debía comunicar a todos los cardenales franceses la muerte de Sixto V y exhortarlos a tener parte en el conclave. Bonelli defendió con gran energía la opinión de que no había de efectuarse esto, porque los cardenales que estaban adheridos a Navarra, por esto mismo eran cismáticos. Sin embargo la mayoría no aprobó este dictamen; con la oposición de Bonelli resolvió que debía dirigirse a todos los cardenales franceses la exhortación a tener parte en el conclave. Lo que determinó a ello fué sobre todo el temor de que en caso contrario se podrían poner reparos acerca de la validez de la nueva elección. Por eso aun tan declarados afectos a España como Deza dieron su voto en el sentido indicado (2).

Como «papabili», esto es, como sujetos que tenían probabilidades de ser elegidos, citábanse públicamente los más diversos nombres luego en los primeros días después de la muerte de Sixto V. Como el candidato en que más se ponían los ojos, era tenido ya el 5 de septiembre de 1590 el romano Juan Bautista Castaña (3), a quien sólo perjudicaba el gran número de sus parientes y el ser favorecido abiertamente por los españoles (4). Algunos días más tarde se apostaba en los bancos con 22 % en favor de sus probabilidades. Estaba más próximo a él el anciano Juan Serbelloni con 15 %; seguían después Sfondrato con 11, Colonna con 10, Valiero y Laureo con 9, Galli con 8, Santori con 7, Paleotto, Albani y Montelparo con 4 % (5).

Aun que el reinado de Sixto V sólo duró cinco años, en este breve

(1) V. la relación de A. Badoer de 1.º de septiembre de 1590 en Hübner, II, 379. Cf. el *Avviso de 29 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 437^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. la relación de Niccolini en Desjardins, V, 149 s.

(3) *Avviso de 5 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 449, *Biblioteca Vaticana*. Cf. la *relación de Brumani de 7 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. el *Avviso de 1.º de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 441, *Biblioteca Vaticana*. Cf. la relación de Vinta en Petrucci, II, 283.

(5) *Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 454, *Biblioteca Vaticana*.

tiempo el Sacro Colegio había mudado enteramente de aspecto. No menos de 24 cardenales habían muerto (1), entre ellos varios que, como Sirleto, Cesi y Farnesio, habían estado en primer término en las elecciones pontificias anteriores. De grandísima importancia fué principalmente la muerte del nepote de Paulo III, acaecida en 1589; pues el «gran cardenal», como se llamaba a Alejandro Farnesio, por largos años había determinado la agrupación de partidos en el Sacro Colegio (2). Desde el fallecimiento de este muy importante varón efectuóse de nuevo aquella división de los cardenales de antiguo usada, que consistía en que se agrupaban los nombrados por el mismo Papa. Claramente se deja notar esto en el conclave que comenzó el 7 de septiembre de 1590. En él tuvieron parte 54 de los 67 miembros del Sacro Colegio (3). Entre los electores los extranjeros estaban sólo representados por seis cardenales: dos alemanes (Altemps y Madruzzo), dos españoles (Deza y Mendoza), un francés (Pellevé) y un inglés (Allen).

Eran tres los partidos principales en que se dividía el colegio electoral: el español, el gregoriano y el sixtino. El número de los cardenales que debían su nombramiento a Sixto V, subía a 25: Juan Bautista Castrucci, Federico Cornaro, Domingo Pinelli, Hipólito de Rossi, Hipólito Aldobrandini, Jerónimo della Róvere, Jerónimo Bernieri, Antonio María Galli, Constancio Sarnano, Guillermo Allen, Escipión Gonzaga, Antonio Sauli, Juan Evangelista Pallotta, Juan de Mendoza, Juan Francisco Morosini, Mariano Pierbenedetti, Gregorio Petrochino Montelparo, Alejandro Peretti-Montalto, Jerónimo Mattei, Benito Giustiniani, Ascanio Colonna, Federico Borromeo, Agustín Cusano, Francisco María del Monte y Guido Pepoli (4).

(1) Nicolás Caetani, Guido Ferreri, Alberto Bolognetti, Jorge d'Armagnac, Alejandro Riario, Guillermo Sirleto, Mateo Contarelli, Miguel de la Torre, Felipe Boncompagni, Antonio Granvela, Pedro Donato Cesi, Luis de Este, Jorge Draskovich, Carlos d'Angennes, Juan Francisco Gambara, Felipe Guastavillani, Decio Azzolini, Carlos de Lorena, Jacobo Savelli, Luis de Lorena, Esteban Bonucci, Alejandro Farnesio, Próspero Santa Croce y Carlos Borbón; v. Ciaconio, IV, 200 s.

(2) V. Herre, 395, 415. Cf. Navenne, Palais Farnese, 673 ss.

(3) V. Gulik-Eubel, III, 59. De los ausentes ocho (Gaspar de Quiroga, Alberto de Austria, Rodrigo de Castro, Francisco Joyeuse, Jorge Radziwill, Carlos Borbón, Andrés de Austria y Andrés Batori) pertenecían al número de los cardenales de Gregorio XIII, cinco (Enrique Caetani, Felipe de Lenoncourt, Pedro Gondi, Hugo de Loubens y Carlos de Lorena) al número de los cardenales de Sixto V. El número total sesenta y siete está indicado exactamente en Petramellarius, 340; en Ciaconio, IV, 203 s. falta A. Carafa.

(4) V. Ciaconio, IV, 203. Herre (415, nota 2) ha indicado tres escritos

De los cardenales sixtinos sólo dos eran considerados «papabili»: Hipólito Aldobrandini y Jerónimo della Róvere. Aldobrandini había atraído la atención sobre sí principalmente desde su afortunada legación en Polonia; pero de suyo era muy poco probable que se eligiese a uno de los cardenales de Sixto V. Róvere como valido del duque de Saboya tenía contra sí a todos los amigos del gran duque de Toscana; tampoco los españoles le eran favorables por sus relaciones con Francia (1).

El verdadero candidato de Montalto, adalid de los cardenales sixtinos, era Marco Antonio Colonna, aunque por su vida mundana no parecía enteramente apropiado para la suprema dignidad eclesiástica (2); también tenía numerosos adversarios entre los cardenales sixtinos. A pesar de esto el joven nepote del difunto Papa estaba resuelto a intervenir con todo su poder en favor de este pariente suyo. Cuando Montalto el 3 de septiembre hizo la promesa a Vinta, representante del gran duque de Toscana, que andaba en busca de votos para Castaña, de cooperar a la elevación de este candidato, persistió con todo en hacer una tentativa primero con Colonna (3).

Fuera de éste, los ocho cardenales de Pío IV tenían todavía otros cuatro «papabili» en sus filas: Serbelloni, Galli, Gesualdo y Ludovico Madruzzo, todos los cuales habían de contar ciertamente con poderosos adversarios. De los seis cardenales de San Pío V (Bonelli, Pellevé, Rusticucci, Albani, Carafa y Santori) sólo se pensaba seria-

que orientan sobre cada uno de los cardenales y sus probabilidades: 1. *Memoria de los cardenales que en esta sede vacante de Sixto quinto se hallan en Roma y cuya hechura y criatura sea cada uno dellos y lo que se debe advertir sobre la elección del sumo pontífice [14 de septiembre de 1590] (además de la copia del *Archivo de Simancas*, que Herre utilizó, vi yo también otra en el *Archivo de la embajada española de Roma*); 2. *Relación del Dr. Tirante Bongiovanni a Rodolfo II de 27 de julio de 1591, *Archivo público de Viena*, Rom. 42; 3. *Discurso per la sede vacante di Gregorio XIV del mese d'Ottobre 1590. Fuera de la copia utilizada por Herre, que está en el Cód. Milich. 389, p. 39-42 de la *Biblioteca de Górlitz*, se halla también este Discurso, en el cual muchos datos necesitan de un nuevo examen crítico, en el Cód. 6322, p. 126-145 de la *Biblioteca pública de Viena* y en el Cód. 112 de la *Biblioteca Capilupi de Mantua*.

(1) V. Herre, 418.

(2) El dato de Vinta de que Colonna tenía hijos ilegítimos (Petrucci, II, 284), es confirmado por una *relación sin fecha de Brumano existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, pero que seguramente pertenece al principio de septiembre de 1590.

(3) V. Herre, 428 s., 436.

mente en Santori; sin embargo dado el gran número de sus adversarios no era probable que lograrse ser elegido (1).

De los catorce cardenales de Gregorio XIII (Deza, Facchinetti, Castaña, Alejandro Médicis, Canani, Sfondrato, Salviati, Valiero, Laureo, Spínola, Tagliavía de Aragón, Lancellotti, Vicente Gonzaga y Francisco Sforza) muchos se inclinaban grandemente a los españoles; parecían tanto más haber de desempeñar un papel decisivo, cuanto estaban muy concordados entre sí. La dirección de los gregorianos estaba en manos del joven y enérgico cardenal Sforza, con el cual estaban íntimamente unidos especialmente Laureo, Salviati, Valiero y Médicis. Sforza seguía una dirección muy mundana; poseía un fogoso espíritu de extraordinaria habilidad en el negociar y una intrépida osadía (2). Mostróse resuelto a hacer todos los esfuerzos posibles para que un gregoriano alcanzase la tiara. Esto hubiera correspondido a aquella tradición según la cual las hechuras del penúltimo Papa difunto tenían la primera opción a la suprema dignidad. «Papabile» de los gregorianos era en primer término Juan Bautista Castaña, candidato declarado del gran duque Fernando de Toscana y juntamente muy acepto a los españoles (3); después Facchinetti y Sfondrato, pero éstos tenían que contar con más adversarios que Castaña; con todo eran notables sus probabilidades. Mucho menores eran las de Lancellotti enemigo de los españoles y de Laureo, cuya candidatura era combatida sobre todo por el duque de Saboya (4).

El partido español constaba de 22 cardenales; eran: los dos Colonnas, Galli, Madruzzo, Pellevé, Santori, Rusticucci, Deza, Sfondrato, Spínola, Paleotto, Tagliavía de Aragón, Simoncelli, Facchinetti, Carafa, Allen, Mendoza, Andrés de Austria, Cusano, los dos Gonzagas y Caetani (5). Pero a pesar de su gran número el partido español en tanto era débil, en cuanto que le faltaba la firme cohesión, de suerte que, como también lo reconoció al punto el representante de Felipe II, Olivares, de ninguna manera podía decidir la elección. Incondicionalmente adictos al rey de España sólo eran Deza, Men-

(1) V. *ibid.*, 419, 430.

(2) V. el juicio de Maretti en Herre, 429, nota 2.

(3) V. *ibid.*, 416, 420 s. Cf. Fusai B. Vinta, 44 s.

(4) V. Herre, 416 s.

(5) V. la *lista enviada por Cattaneo en 10 de noviembre de 1590 en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

doza, Tagliavía de Aragón, Spínola y Madruzzo (1). Éste, generalmente apreciado, debía tomar sobre sí la dirección del partido español, pues de su prudencia y experiencia en cosas de conclave reinaba la mejor opinión (2). Olivares, embajador de Felipe II, anhelaba tanto más la llegada del cardenal de Trento, cuanto que a pesar de sus ruegos no se le habían comunicado desde Madrid nuevas instrucciones. Había de atenerse todavía a las prescripciones que había recibido el año 1585. En éstas se recusan todos los pretendientes amigos de los franceses. Como los más apropiados para que se les apoyase, mencionábanse en primer término Madruzzo y Santori, luego también Castaña, a cuyo celo religioso y rica experiencia se tributaba un elogio. Designábanse también como aceptables Facchinetti, della Torre y Sfondrato. Olivares mostraba desconfianza respecto a la candidatura de Marco Antonio Colonna a pesar de su pertenencia al partido español (3). Su concepto del riesgo que corría la elección de este cardenal compartíanlo enteramente el duque de Sesa y Madruzzo. Los tres representantes de don Felipe decidieron al fin a hacer una especie de inclusión: Madruzzo recibió el encargo de dar a conocer no solamente a los miembros del partido español, sino también a todo el Sacro Colegio, que los cardenales Paleotto, Santori, Galli, Facchinetti y Castaña eran los candidatos deseados por Felipe II (4). Hízose esto, aunque cierto número de cardenales mostraron justificado descontento por el predominante influjo ejercido hasta entonces por España en las elecciones pontificias (5).

El embajador del archiduque Fernando del Tirol juzgaba que sin el partido español o el partido del cardenal Montalto no podía elegirse Papa; que ciertamente ninguno de estos partidos por sí solo estaba en disposición de conseguir la necesaria mayoría de las dos

(1) V. *Conclave di Gregorio XIV composto da Lelio Maretti gentilhuomo Sanese, *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*.

(2) *Cardinale accettissimo al Re per l'affetto havuto sempre alla casa d'Austria, per la gravità de'costumi et per l'opinione che havevano li Spagnuoli della sua prudenza in questi maneggi particolarmente dove egli era con sua molta lode intervenuto più volte, dice Maretti, loco cit.

(3) V. Herre, 323 s., 423 s. Denota bien la situación la noticia del *Avviso de 1.º de septiembre, de que antes de la llegada de Madruzzo y Vinta, el hombre de confianza del gran duque de Toscana, nada se podía decir. Urb., 1058, p. 441, *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Herre, 441 s.

(5) V. la *relación de Sporeno de 15 de septiembre de 1590, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

terceras partes. Que por eso la decisión estribaba en los gregorianos o en los cardenales de Sixto V (1).

Mientras los jesuitas celebraban en su iglesia la función de las Cuarenta horas por una buena elección pontificia (2), en la mañana del 8 de septiembre de 1590 decíase en San Pedro la misa del Espíritu Santo, después de la cual Antonio Boccapaduli pronunció el usual discurso a los cardenales. Describió en él la importancia del cargo pontificio, cuyas incumbencias todavía se aumentaban por efecto de las pérdidas que había padecido la Iglesia, y de la dificultad del estado del mundo. Especialmente indicó que uno de los más eminentes miembros de la Iglesia, Francia, estaba llena de turbulencias bélicas. Pero que también fuera de esto casi en todas partes habían de curarse heridas. Que de ahí se seguía la sagrada obligación de hacer una buena elección de Papa sin procurar intereses particulares (3).

Después del discurso de Boccapaduli los cardenales se trasladaron al conclave, que se había dispuesto en el Vaticano. Antes que se cerrase, presentáronse de nuevo los diplomáticos. Muy vivamente diligenciaron el logro de sus pretensiones los españoles, a quienes importaba en gran manera el resultado de la elección pontificia a causa de las revueltas de Francia; permanecieron hasta el fin a la ventana, que era todavía el único medio de comunicación con el mundo exterior (4). El adalid del partido español, Madruzzo, hasta la tarde del día siguiente no fué al conclave, donde por la mañana se había efectuado una votación sin resultado. A la pregunta de sus partidarios sobre cómo debían proceder respecto de la candidatura de Colonna, el cardenal de Trento dejósele enteramente libre. Cuán grande era el influjo de Felipe II, mostróse muy claramente en esta ocasión. De la declaración de Madruzzo hecha con prudente comedimiento se deducía que el rey de España no vería con buenos ojos la elección de Colonna, y esto bastó para desbaratar sus esperanzas (5).

(1) V. *ibid.*

(2) V. el *Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 455, *Biblioteca Vaticana*.

(3) El discurso, que fué muy alabado (*Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 454, *Bibl. Vaticana*), se halla en los *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio* y Cod. 12547 de la *Biblioteca Nacional de París*. Está asimismo en el Cód. F. 39 del *Archivo Boncompagni de Roma*.

(4) V. Vinta en Petrucelli, II, 291; Herre, 445.

(5) Cf. la memoria en forma de diario compuesta por un conclavista del cardenal Colonna en los Conclavi (1667), 213-224 (en latín en Tria conclavia, Francoforti, 1617), cuya gran seguridad hace notar Herre (445) con razón. La

No mejor le sucedió a Galli propuesto por Bonelli, en favor del cual no quiso empeñarse Madruzzo en vista de la oposición de Montalto y Monte. Cuando Bonelli propuso después a Aldobrandini, Madruzzo recusó a éste redondamente. Al principio del conclave había presentes 51 cardenales, a los que se juntaron aún 3 en los días siguientes, de manera que el número de los electores subió a 54.

Los días desde el 9 hasta el 13 de septiembre estuvieron llenos de los más ardorosos afanes de los amigos de Colonna por conseguir su elevación (1). Ésta encontró las mayores dificultades. Inútilmente se procuró ganar a Madruzzo para Colonna. Todos los gregorianos unidos le hicieron la oposición (2). Pero tampoco las tentativas de procurar la tiara a dos de los candidatos nombrados por Felipe II, Facchinetti y Santori, tuvieron buen éxito. En favor de Santori no solamente intervinieron todos los españoles; también la mayor parte de los cardenales sixtinos, sin cuidarse de Montalto, parecía inclinada a dar sus votos a este cardenal. Las probabilidades de Santori subieron tanto, que el partido florentino y Montalto se hubieron de decidir a su expresa exclusión; con la misma dureza se declararon contra Facchinetti (3). Montalto persistió con gran tenacidad en sus afanes por Colonna. Llenábase de dolor e indignación, cuanto más observaba que no solamente se oponía a esta candidatura la tibieza del partido español, sino también que tampoco podía contar con sus propios partidarios por efecto de la incesante actividad oculta de

exposición de Herre es entre todas las modernas la mejor y más circunstanciada; además de las relaciones de embajada utilizadas por Petrucelli, se ha aprovechado también el primero de las *Relaciones de Dörnberg a Rodolfo II (*Archivo público de Viena*, Rom., 42), así como de las *relaciones de Olivares (*Archivo de Simancas*). La exposición sobre el conclave de Urbano VII por Ranke y Gindely la combate Wahrmund (101 s.), quien con todo indica falsamente haber sido sólo siete las hechuras de Gregorio XIII. Respecto de Gindely v. también Herre, 458, nota 2. Un *Sonetto sul conclave después de la muerte de Sixto V puede verse en el Cód. 21, 382 del *Museo Británico de Londres*.

(1) El dato de Dörnberg, de que numerosos hombres armados con la insignia de los Colonnas permanecían en la ciudad (Herre, 446), para dar fuerza a las pretensiones de Colonna, es confirmado por el *Avviso de 12 de septiembre de 1590. Adalid de dichos grupos era, según esta relación, Marcio Colonna. En el *Avviso* se cita el siguiente *Motto gustoso: Colonna per prattiche, S. Quattro [Facchinetti] per ragione di canoni, Como [Galli] per ragione di stato, Mondovi [Laureo] per Spirito Santo et Albano per modum provisionis. Urb., 1058, p. 461, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. la *relación de Fed. Cattaneo de 15 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Herre, 448 s.

los florentinos. Montalto resistía con tanto ímpetu, que ya se temía un largo conclave (1). Sólo entonces desamparó a Colonna, cuando Madruzzo le comunicó que no podía apoyar a éste con su voto, mientras al mismo tiempo Federico Borromeo declaraba que su conciencia le prohibía votar en favor de Colonna. A todo esto se añadía aún la oposición del cardenal Sforza, adalid de los cardenales de Gregorio XIII. Colonna al fin fué tan prudente que renunció él mismo.

En este momento ocupó el primer lugar aquel cardenal «el único en el cual los intereses de los partidos decisivos no se tocaban hostilmente» (2): Juan Bautista Castaña. Ya en la votación de la mañana del 14 de septiembre reunió 20 votos (3). Como los españoles y florentinos intervinieron en su favor, así también Sforza con los suyos y al fin también los cardenales genoveses de Sixto V. Pero Montalto siguió todavía oponiéndose. Si al fin depuso su resistencia, debióse esto no solamente al apremio de los florentinos, sino también a la circunstancia de que Sforza, Altemps, los dos Gonzagas y los dos Colonnas se obligaron a votar en el conclave siguiente por uno de los cardenales de Sixto V (4).

Fué en la víspera del 14 de septiembre cuando se efectuó la decisión. Al día siguiente fué Castaña elegido por Papa unánimemente. Preguntado por el maestro de ceremonias Francisco Mucancio qué nombre quería tomar, respondió que como quería llevar un nombre de un Papa antiguo, se llamaba Urbano VII (5).

(1) Vuole star duro in una sua creatura et crepare in conclave, dice el *Avviso de 8 de septiembre de 1590, Urb., 1058, p. 455, *Bibl. Vaticana*. El embajador del duque de Urbino anotó al *Avviso de 15 de septiembre de 1590 (loco cit., 463), que en el conclave había habido tantos scartafacci et scritte, che si prevede con grande scompiglio per questa elettione. Cf. también Mucancio, *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Herre, 451.

(3) Según Fed. Cattaneo en su *relación de 15 de septiembre de 1590, sólo dieciocho. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) En este concepto puede decir el *Discurso dei cardinali de 1621 existente en el *Archivo Boncompagni de Roma*, que Montalto había en cierto modo procurado la tiara a Urbano VII. Cf. Maretti, *Conclave (arriba, pág. 268, nota 1), *Biblioteca de los servitas de Innsbruck*; Herre, 452. De la participación de los dos Gonzagas da cuenta la *carta del cardenal Escipión Gonzaga de 15 de septiembre de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) *A Francisco fratre seniore ex magistris caeremoniarum interrogatus quo nomine vellet nuncupari, respondit renovanda esse nomina antiquorum s. pontificum, et sic elegit sibi nomen Urbanum VII, quod nomen cum ipsius pontificis benignitate et natura maxime conveniebat, nam et urbanus erat et de urbe ac urbanitatis plenus. Ioh. Paulus Mucantius, *Diaria caerem., *Archivo secreto pontificio*.